

para hacer mucho más viva y próxima la reconstrucción histórica que allí se ha realizado.

RENÁN VEGA CANTOR
Profesor titular,
Universidad Pedagógica Nacional

Sumapaz: memorias de lucha y resistencia

Surcando amaneceres. Historia de los agrarios de Sumapaz y oriente del Tolima

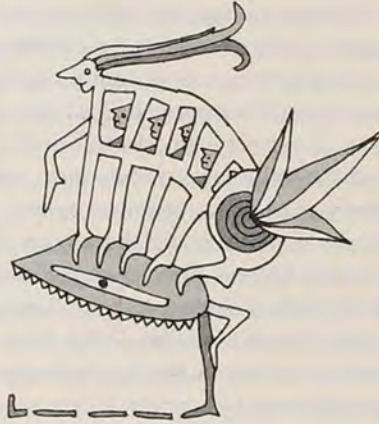
Laura Varela Mora
y Yuri Romero Picón

Alcaldía Local de Sumapaz, Fondo Editorial UAN, Bogotá, 2007, 300 págs.

Un habitante común y corriente de cualquier ciudad colombiana seguramente se preguntará qué interés tiene hoy estudiar a los campesinos y a sus luchas, si se dice, con esa arrogancia que caracteriza a la ignorancia pretendidamente ilustrada que hoy nos abruma, que ya la tierra no es importante y los campesinos están en vías de desaparición. Tal perjuicio se ha visto reforzado por el colonialismo interno propio de las clases dominantes de este país, las cuales continúan defendiendo el control monopolístico de la tierra. En este sentido, no debe olvidarse que el poder terrateniente es una de las características perdurables de la historia colombiana desde antes de la independencia y durante los últimos doscientos años ha sobrevivido de múltiples maneras, lo que en buena medida ayuda a explicar y entender algunos de los grandes problemas (entre ellos la violencia estructural) de nuestro país.

El hecho de que en Colombia nunca haya sido repartida democráticamente la tierra, es decir, que jamás se haya realizado una reforma agraria que merezca tal nombre, ayuda a entender el carácter antidemocrático, excluyente, intolerante y violento del sistema político nacional, siendo uno de los factores que explican

que nuestro país sea uno de los lugares más injustos del planeta (para ser más precisos el número once y uno de los más desiguales de Sudamérica, junto a Brasil y Chile). Ese monopolio territorial se proyecta hasta el día de hoy, como se demuestra con cifras elementales: el 1,2 por ciento de los propietarios acaparan el 55 por ciento de todas las tierras disponibles; los terratenientes siempre han desempeñado un papel protagónico en la política y en la sociedad colombiana; en los últimos quince años se ha concentrado aún más la tierra por el despojo violento de campesinos, indígenas y colonos, por grupos paraestatales que acaparan cinco millones de hectáreas.



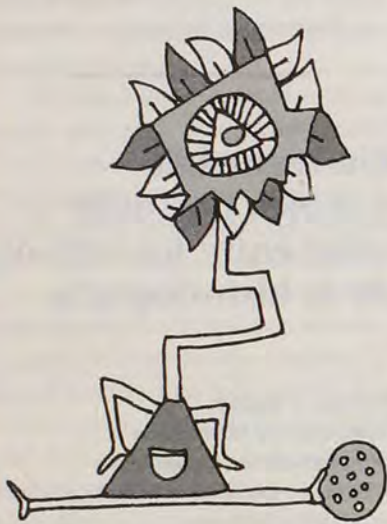
Hemos mencionado todos estos aspectos, porque en *Surcando amaneceres* de Laura Varela y Yuri Romero se recupera una historia trascendental para comprender gran parte de los problemas de nuestro presente histórico y para recordar los caminos de esperanza y de lucha recorridos por millares de campesinos a lo largo del siglo xx. En efecto, allí se nos recuerda que en el Sumapaz y el oriente del Tolima se fueron configurando grandes haciendas de miles de hectáreas en manos de unos cuantos propietarios que necesitaban del control de la fuerza de trabajo de campesinos, colonos, arrendatarios y labriegos, la mayor parte de ellos provenientes de Boyacá. Estos campesinos fueron excluidos de la propiedad de la tierra y sometidos a oprobiosos sistemas de trabajo y de explotación,

puesto que las haciendas en muchos casos eran un “estado dentro del Estado”: tenían sus cuerpos de seguridad interna, sus propios jueces y policías, emitían una moneda de curso forzoso en la circunscripción territorial de la hacienda, prohibía a los peones y colonos moverse libremente de un lugar a otro y les obligaba a pagar cumplidamente con sus obligaciones so pena de ser sometidos a castigos y torturas (como el terrible cepo), se practicaba el derecho de pernada por parte de los terratenientes... y mil abusos más propios del dominio hacendatario.

La apropiación de baldíos por parte de los terratenientes, la expulsión de los campesinos y su incorporación brutal a los terrenos de la hacienda —ya que sus brazos eran indispensables para los terratenientes— explican en gran medida el origen de los conflictos agrarios que allí se presentaron desde finales de la década de 1910. Esto constituye la base material o estructural de los conflictos, punto de partida de las protestas y de las luchas agrarias, la cual es estudiada con detalle por las autoras de este trabajo para dilucidar las condiciones objetivas que explican esas luchas.

Pero también se encuentra como factor de primer orden la base subjetiva, política y cultural del malestar rural en el Sumapaz, la cual está directamente relacionada con las influencias ideológicas y políticas que confluyeron en la región desde la década de 1920. La riqueza y diversidad de esas influencias en ese territorio le dio un carácter privilegiado a sus luchas, puesto que por allí estuvieron personajes de primer rango en la historia social de nuestro país como Erasmo Valencia, Jorge Eliécer Gaitán y Juan de la Cruz Varela. El pensamiento agrarista, gaitanista y de izquierda dinamizó las acciones de campesinos y colonos en torno a la lucha por la tierra y esto dignificó a los agrarios que se movilizaban en pos de “Tierra, libertad y justicia”, una consigna reveladora de los objetivos en juego y simbólicamente expresivo del sentido de la lucha y la acción.

La historia del Sumapaz, como lo explican claramente las autoras de este libro, no puede entenderse al margen de la historia política del resto del país, en razón de lo cual combinan el análisis de los eventos más importantes que transcurren en el ámbito nacional con sus incidencias o manifestaciones específicas en la región de estudio. En este caso sobresale el análisis sobre los conflictos agrarios, la violencia, el anticomunismo, las diversas formas de resistencia a la acción terrateniente y estatal y la conformación de focos de autodefensa contra las bandas de pájaros y chulavitas conservadores.



Aunque las autoras no lo usen de manera explícita, en el caso del Sumapaz se demuestra que una categoría esencial para poder entender la historia de la agricultura colombiana es la de *revancha terrateniente* (término acuñado a comienzos de la década de 1970 por el investigador francés Pierre Gilhodes en su pequeño libro *Las luchas agrarias en Colombia*). En el Sumapaz se pueden observar distintos momentos de la revancha terrateniente contra las conquistas de los campesinos de la década de 1930, lo cual ayuda a explicar la arremetida violenta de las décadas de 1950 y 1960. Esa noción ayuda a entender también el proceso de desplazamiento que se dio durante la “marcha” de resistencia y autodefensa de la década de 1950, para huir de las balas oficiales, lo cual

esparció a los campesinos provenientes de Villarica por otros lugares de la geografía nacional. Este poblado fue un símbolo por dos razones: por una parte, porque fue atacado de manera inmisericorde por la dictadura militar de Rojas Pinilla a nombre de su cerril anticomunismo, bombardeando y masacrando inofensivos campesinos; y por otra, porque pese al demencial ataque del Estado colombiano, que usó aviones de combate y empleó el tristemente célebre napalm, los campesinos combatieron y resistieron heroicamente durante varios meses.

En el Sumapaz confluyen a pequeña escala los grandes ejes de la historia colombiana del siglo xx, indispensables para entendernos y para rastrear soluciones a la vasta problemática que nos aqueja: monopolio terrateniente, pobreza rural, violencia estructural contra los pobres, anticomunismo e intolerancia ante quienes se presentan como diferentes, los cuales son señalados con el dedo acusador como enemigos de la “patria” y la “nacionalidad”. Todos estos elementos son estudiados en esta obra, recalando el papel que allí desempeñaron los campesinos humildes, los de pie descalzo, piel curtida y manos callosas, que se convirtieron en sujetos históricos de su propio devenir y que con sus gestas transformaron la estructura agraria de la región e impulsaron otros modelos de vida y de solidaridad.

El rescate histórico de la lucha de los agrarios puede ayudarnos a enfrentar los problemas de nuestro tiempo ya que, como decía Walter Benjamin, “el contemporáneo que al leer una obra de historia, se da cuenta de cuán larga ha sido la preparación de la miseria que lo embarga —y mostrar esto al lector debe ser una tarea entrañable del historiador— reconoce así el gran mérito de sus propios poderes. Una historia que educa de este modo, no causa melancolía, sino que proporciona armas a la gente”. La recuperación histórica, como la que se realiza en esta obra, pone de presente que no hay lucha por el futuro sin memoria del pasado, como retum-

ba en las tesis sobre la historia de Walter Benjamin, para quien “el salto del tigre en el pasado” consiste en “salvar la herencia de los oprimidos e inspirarse en ésta para interrumpir la catástrofe presente. El recuerdo del pasado no es necesariamente una ilusión o una coacción, sino que se puede constituir en una fuente formidable de inspiración, una poderosa arma cultural en el combate presente”.

En el rescate histórico que se presenta en este libro se debe destacar a un individuo que lo atraviesa de principio a fin, como lo es Juan de la Cruz Varela, cuya trascendencia amerita una sistemática reconstrucción biográfica. Esto no se hace en el libro que comentamos, pero sí se evoca una parte de su vida, incorporando nuevas fuentes de información, entre ellas escritos inéditos de este importante líder agrario, testimonios orales, recortes de prensa, cartas, comunicados y pronunciamientos públicos. Sobre Juan de la Cruz Varela, el eminente historiador inglés Eric Hobsbawm, un profundo conocedor de la realidad rural colombiana, ha dicho:

Las montañas de Sumapaz, terreno fronterizo para los hombres y mujeres libres, estaban bajo la autoridad de un líder rural originario de la región, uno de esos curiosos talentos campesinos que se libraron del destino pronosticado por el poeta Gray en su famosa elegía, esto es, el de ser “unos Milton mudos y sin gloria, [...] unos Cronwell sin culpa de la sangre derramada en su país”. Pero Juan de la Cruz Varela distaba mucho de ser mudo y de ser pacífico. A lo largo de su complicada carrera como jefe del Sumapaz, destacó como liberal, seguidor de Gaitán, comunista, jefe de su propio movimiento agrario y revolucionario liberal, pero siempre se mantuvo firmemente al lado del pueblo.

Se necesitaba que una persona tan próxima a Juan de la Cruz Varela, en este caso su hija Laura, se dedi-

cara a la ardua tarea, que le llevó muchos años, de recopilar y recuperar la memoria de tal personaje, para presentarnos parte de sus hallazgos en este libro. Queda, sin embargo, por escribir una biografía definitiva de este líder agrario, la cual se nos viene anunciando hace años por parte de una investigadora de la Universidad Nacional, que hasta el momento sólo ha presentado uno que otro artículo pero nada consistente al respecto.



Para concluir, podemos señalar que en la trágica y aleccionadora historia de Colombia existen temas y regiones que han concitado la atención de los investigadores por la radicalidad de la lucha librada durante el siglo xx. En el ámbito de lo urbano, por ejemplo, es notable la atracción que despierta el estudio de Barrancabermeja en razón de la movilización social, política y cultural que allí se ha librado desde las primeras décadas del siglo anterior. En lo agrario, existen varias zonas que han brillado por las luchas sociales que allí se han desplegado, como sucede con algunos lugares de la costa atlántica, con regiones cafeteras, pero ninguna tal vez ha tenido tanta importancia para la investigación histórica como el Sumapaz y el oriente del Tolima. Por ello, a esta zona del país se han consagrado notables estudios como los realizados

por Darío Fajardo, Jacques Aprille-Gnisset, Elsy Marulanda, José Jairo González, Alfredo Molano, Anni Caputo, entre otros. No obstante, estos investigadores han abordado aspectos parciales de un determinado momento histórico, como las luchas de las décadas de 1920-1930, el impacto de la ley de tierras de 1936, relatos sobre la época de la Violencia, la resistencia de Villarrica y la represión de la dictadura militar. Faltaba un estudio de síntesis que intentara incorporar los resultados de estas pesquisas y que, además, incluyera nueva documentación que permitiera tener una visión de conjunto sobre las luchas agrarias en el Sumapaz y el oriente del Tolima durante toda la centuria anterior. Eso justamente es lo que se han propuesto las autoras de la investigación que reseñamos, lo cual puede considerarse como un gran aporte, teniendo en cuenta el predominio actual de los estudios fragmentarios y micros sobre la historia de Colombia.

Desde el punto de vista formal, debo señalar que afortunadamente el libro está bien editado y en él se han publicado cerca de treinta fotografías, las cuales lo ilustran y lo hacen atractivo, y, lo que es más importante, proporcionan al lector unas fuentes iconográficas de primera mano, que nos introducen en el terreno de la memoria visual de una importante lucha social de la historia de nuestro país. Así mismo, es de destacar la buena calidad editorial del libro, aunque es lamentable que la presentación de las notas a pie de página no sea la mejor, porque en lugar de enumerar cada capítulo por separado se hace un listado interminable hasta llegar casi a quinientas, algo muy pesado para el lector.

Unas palabras finales para recalcar lo que aquí se ha dicho en torno a los campesinos, palabras pronunciadas hace cuarenta años por el líder agrario Juan de la Cruz Varela y de una actualidad sorprendente, que son citadas en el libro que hemos reseñado: “Desde las ciudades no se oyen los disparos; no se oyen los quejidos de los heridos ni de las víctimas; no se ven las ruinas deja-

das en los campos que materialmente el tiempo va borrando, ni se ve el humo de los incendios. Podríamos decir que la sangre seca pronto, pero el recuerdo dura, más cuando la indiferencia trata de perpetuarse”.

Solo esperamos que este libro contribuya a mantener el recuerdo vivo de una gesta popular que enalteció a los campesinos colombianos y se convirtió en ejemplo de dignidad y superación y que nos ayude a impedir que se perpetúe de manera permanente la indiferencia con respecto a la tierra, a los campesinos, a sus sufrimientos y sus luchas.

RENÁN VEGA CANTOR
Profesor titular,
Universidad Pedagógica Nacional

Un texto ágil y crítico que debe estar entre los activos de la historiografía

Historia y nación.

Tentativas de la escritura de la historia en Colombia

Alexander Betancourt Mendieta

La Carreta Editores,
Universidad de Antioquia,
Coordinación de Ciencias Sociales
y Humanidades,
Universidad Autónoma
de San Luis Potosí (México),
Medellín, 2007, 293 págs.

Este libro de Betancourt debe figurar en cualquier bibliografía latinoamericana y debe ser de lectura obligada en los cursos de historiografía colombiana. Es el tipo de texto ágil y crítico del que había urgencia en Colombia y en una disciplina que, como abunda el autor, ha consolidado la fase de profesionalización. Betancourt parte, en buena medida, del ejercicio abierto y paciente que Jorge Orlando Melo asumió durante años: presentar periódicos balances historiográficos orientados por el rigor y la ecuanimidad. Pero, este trabajo, que es también riguroso y